

HOMOLOGACIÓN DEMONIO - DIABLO EN EL USO POPULAR

A. YELO TEMPLADO

Las creencias y los ritos religiosos entran a formar parte de la cultura de un pueblo hasta el punto de hacer posible el estudio de dicha cultura en muchos de sus aspectos a través de las fuentes doctrinales y litúrgicas. Las instituciones religiosas, aún como mediación humana ante lo divino, se han ido modelando dentro de la vida del pueblo e, incluso en el caso de formas religiosas foráneas, también han ido siendo vividas por el mismo pueblo que las recibió. En el caso del cristianismo, una de las religiones cuya propagación ha alcanzado un ámbito universal, en torno a los campanarios las celebraciones litúrgicas y la predicación han ido dando forma a la religiosidad y mentalidad del pueblo. Los ritos litúrgicos de los momentos cruciales de la vida, lo mismo que las fiestas y el canto, formaban parte de la vida misma. La predicación era en ciertos tiempos y en ciertos lugares la única escuela del saber, que no fuera el de la propia dedicación a los menesteres agrícolas y artesanos. De aquí que para ciertas épocas estas fuentes litúrgicas y doctrinales sean lugar privilegiado de información no sólo sobre la religiosidad sino sobre las mismas forma de vida del pueblo.

La cuestión aquí tratada, que es la creencia sostenida durante siglos de homologación del diablo y del demonio como un mismo ser, puede ser un indicio bastante significativo de esta interdependencia de culto, predicación y sentir popular. Recientemente en un diario argentino aparecía un artículo, no exactamente de vulgarización, con este título “¿El diablo y el demonio son lo mismo?” Aprovechando esta sugerencia y las consideraciones argumentales de su autor, se puede seguir el uso de tal creencia a través de algunas fuentes litúrgicas anteriores a las recientes reformas, constatando que “la gente habla del “demonio” y del “diablo” indistintamente”. En el nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* no se acaba tampoco de precisar esta diferenciación entre diablo o Satanás y demonio y

algunas de sus perícopas (2852) reflejan la tradición eclesiástica con esta misma confusión en un pasaje de Ambrosio de Milán (*Sacra*. 5,30), donde se anima a “no temer al demonio en el combate contra el diablo”. En su referencia a los exorcismos en el rito bautismal (1237) se hacen recaer éstos sobre el diablo, mientras que al tratar sobre el exorcismo propiamente dicho (1673) se especifica el hecho de “expulsar a los demonios” o “liberar del dominio demoníaco” y ya se alude a la interpretación de que en los casos de enfermedades psíquicas, este fenómeno compete a la ciencia médica. Al tratar de la idolatría, adivinación o magia (2113 - 2117), aun cuando aparecen los demonios manteniendo cierta relación con Satán, si se percibe ya una cierta diferenciación de éste y aquellos, que se consideran como “potencias ocultas”.

Una consulta circunstancial a los textos de Qumrán no aporta ningún dato de importancia al tema preciso de este estudio, a pesar de la temática uniforme que contienen, que es la lucha de los hijos de la luz con los hijos de las tinieblas, sobre todo en la *Regla de la Guerra*. La esencia de esta lucha es mantenerse incontaminados de los hombres sobre los que domina Belial, el espíritu del mal. Sus satélites en los textos griegos aparecen con el nombre de demonios y contra ellos una serie de himnos de exorcismos y execraciones para conjurarlos como espíritus destructores, que desvían a los hijos de la luz del verdadero conocimiento e intentan contaminarlos. La contaminación afecta a toda persona afecta a la comunidad sectaria, pero también son excluidos “todo estúpido y loco, todo simple y trastornado, aquellos cuyos ojos no ven, el cojo y tambaleante o el sordo...” (4Q Doc.Damasco frag.17 col.I), y no es improbable que se aluda así a algún género de posesión demoníaca, que en todo caso hace a Belial y, por tanto, supone un concepto de demonio homologado con Belial.

DATOS BÍBLICOS

Lo que afirma el ya mencionado autor sobre lo que se entiende por “posesión diabólica” dice haber constatado no existir un solo caso en los evangelios y de que allí “poseídos” son todos ellos “endemoniados”, para los que no interviene en nada el poder del diablo. En efecto, el término “daimonion”, de origen griego, denota una entidad abstracta, que se expresa bajo un adjetivo neutro y quiere significar algo indefinido, como Ser sobre o preternatural, genio, espíritu, que para los clásicos latinos tiene el mismo significado de espíritu, genio, inteligencia, por ejemplo en Cicerón y habría que pasar ya a Lactancio para hallar esa acepción de demonio como diablo, ángel malo o espíritu maligno. Diablo, palabra de origen griego que quiere traducir el vocablo hebreo “Satanás”, que significa adversario, queda reservado para dar nombre a esa potencia del mal, que lucha contra el plan de salvación de Dios sobre los hombres. En el estudio antes mencionado se llama la atención sobre los milagros de curaciones narradas en los evangelios, en los que se atribuyen a los demonios las enfermedades debidas a causas internas no percibidas por los sentidos, mientras que de los enfermos afectados por enfermedades externas nunca se dice

de ellos que estén “endemoniados” o “poseídos”. Esta apreciación general merece ser tenida en cuenta, aun cuando en algunas de estas curaciones de enfermedades internas se refleje la lucha de Jesús contra un cierto poder personificado, Belzebug (*Mt.* X.25 y XII.24, *Mc.* III.22, *Luc.* XI, 15 y 19). A esta figura, un dios filisteo nada extraño dentro de la cultura israelita, se le atribuía el poder de atraer y dispersar plagas por medio de sus ministros los demonios y, por tanto, vinculado a las enfermedades. Precisamente el “demonio meridiano” de *Salmos* (XCI,6) es una traducción del original hebreo “la plaga que arrasa al medio día”. En la enumeración de los actos taumatúrgicos la expulsión de demonios se cataloga al lado de otras enfermedades como una más de ellas (*Mt.* IV 24 y VIII 16, *Mc.* I 34) y se confirma con el texto de Isaías (LIII,4) que reitera con dos términos la idea de enfermedad, “astheneia” y “nousos”. Incluso se le denomina formalmente en una ocasión (*Lc.* XIII 11) “espíritu de enfermedad” -“pneuma asthenéias”-. No obstante, siempre subyace la connotación de impureza o maldad: “espíritu inmundo”, “otros espíritus peores que él”, repitiéndose sin variación los términos demonio y espíritu. Para los leprosos, ciegos, paralíticos u otros discapacitados físicos, lo mismo que para los que sufrían hemorragias, fiebres, enfermedades todas ellas apreciables a la vista de todos, nunca se recurre a la posesión del demonio. Esta se aplica a otras anomalías imposibles de diagnosticar en aquella época: sordos, mudos, en los que se manifestaban fenómenos epilépticos y que se conocían como lunáticos y hasta la misma locura. Existe la excepción en *Mc.* VII 31, donde la curación del sordomudo no se atribuye a posesión demoníaca y se reduce al tacto de oídos y lengua, contrariamente a lo que aparece en *LC.* XIII 10-17 en la curación de la mujer chepada, por tanto discapacitada físicamente y cuya enfermedad se atribuye a posesión precisamente diabólica y no demoníaca: “la tenía atada Satanás”. Se podría aducir para explicar tal apreciación el impreciso conocimiento de las costumbres judías que demuestra en otros casos Lucas, prevaleciendo el exámen generalizado del cuadro que presentan los otros evangelios cronológicamente anteriores. Por otra parte, el pasaje de Lucas pudiera presentar un indicio de la posterior homologación diablo-demonio. El cuarto evangelio, donde la acción del diablo queda resaltada en toda su intensidad, están ausentes episodios de endemoniados, sin duda porque el elemento popular queda eclipsado en su intención más doctrinal que narrativa.

LOS RITOS LITÚRGICOS POSTRIDENTINOS

El sentido popular ha expresado en diversas formas su preocupación por los infantes como posibles presas del poder diabólico o demoníaco, no solamente sobre el niño no bautizado, sino sobre los peligros que puedan acechar a los períodos de su vida más vulnerables, de aquí el uso de adosar a su cuerpo fragmentos de los Evangelios, los conjuros contra el mal de ojo etc. De aquí también la preocupación por administrarle lo más pronto posible el bautismo por creerle ingenuamente bajo posesión del demonio. No extraña que el rito bautismal se iniciara con el triple soplo sobre la cara del infante con esta impreca-

ción: “Sal de él, espíritu inmundo y deja lugar al Espíritu Santo”¹. Esta expresión de “espíritu inmundo” remite a las posesiones demoníacas de los evangelios; pero a continuación imponía el ministro su mano sobre la cabeza del bautizando rogando a Dios que desatara “todos los lazos con que Satanás lo tiene aprisionado”². La homologación demonio-diablo con el nombre de Satanás desde este momento queda patente y siempre se hará presente el texto petrino “el diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente buscando a quién devorar” (*I Pe. V 8*). Antes, sin embargo, ha trazado sobre la frente y el pecho del bautizando el signo de la Cruz, que en todos los casos se presenta como antídoto en la liturgia y en los usos del pueblo contra el poder del maligno. La ubicación de algunas cruces (en Abarán la del Cabecico de la cruz) están relacionadas con supuestas apariciones del diablo, mientras otras recuerdan lugares de mal recuerdo como ajusticiamientos o son piadosos recuerdos de accidentes mortales, en los que se supone también la presencia del mal que se quiere espantar.

Al lado de la cruz el uso del agua bendita es el otro antídoto contra el poder demoníaco la cual, condimentada con sal, evoca usos terapéuticos ancestrales, que hacen de estos dos elementos un signo adecuado para otorgar la salud, no solo espiritual sino del cuerpo -“Sanitas animae et corporis”-. En las fórmulas rituales de exorcismo del agua y de la sal siempre la imprecación es sobre “espíritu inmundo”, incluso en el del agua implora sobre ella fuerza “para espantar a los demonios”, quitar las enfermedades” y “librar de los males, de todo aire epidémico y de la atmósfera contaminada”³. A la sal se la denomina “perfecta medicina dentro de los intestinos”, “de efecto purificador en su contacto con el cuerpo”; no obstante, en su desarrollo las fórmulas no dejan de aludir al “engaño diabólico” y al poder “del enemigo con sus ángeles que apostataron” o al “terror de la venenosa serpiente”; sin embargo, en la bendición de una cruz se recuerda que “por ella arrancaste al mundo del poder de los demonios”, lo cual significa una constante homologación diablo-demonio. Al preparar la sal que se ha de suministrar al bautizando repite el ministro hasta siete señales de la cruz, invocando a la Trinidad y a los atributos divinos para que la sal sirva para “ahuyentar al enemigo”, al que fustiga llamándole “maldito condenado”, “maldito diablo” con imprecaciones imperiosamente repetidas de parte de Dios para que “salga y se aparte”. En el segundo exorcismo, donde se amplía el término a “todo espíritu inmundo”, en las tres fórmulas siguientes de renuncia se especifica que es el mismo Satanás. En el exorcismo del agua, que ha tenido lugar en su bendición de Sábado santo con tres imprecaciones, en la tercera tocando el agua con la mano, se ruega que por mandato de Dios se retire del agua “todo espíritu inmundo, que se aleje toda la malicia del engaño diabólico, que no mezcle en el agua ninguna fuerza maligna, que no esté insidiando con su vuelo alre-

1 “Exi ab eo, immunde spiritus et da locum Spiritui Sancto”.

2 “Disrumpe omnes laqueos Satanae, quibus fuerat colligatus”.

3 “non illic resideat spiritus pestilens, non aura corrumpens”...ut salubritas...”

dedor, que no se esconda para corromperla, que sea santa, inocente y libre de la asechanza del que hace la guerra y purificada con el alejamiento de toda malicia”⁴. Junto a estas muestras, otras dos bendiciones prueban con evidencia este uso indiscriminado demonio-diablo en ritos de bendición sobre enfermedades de seres humanos y de animales: mientras sobre las primeras se suplica que huya del lugar “cualquier malicia de los demonios”, para la segunda lo hace “para que todo poder diabólico sea extinguido en ellos”.

La creencia de que el poder diabólico intensificaba su lucha en las horas postreras de la vida del hombre necesariamente debía reflejarse en el sacramento llamado en tiempos pasados de la Extremaunción. Eran los instantes del asedio, del asalto final, como indica la invocación a Dios como “torre de fortaleza frente al enemigo”⁵ para que éste “no puede aprovecharse de él y hacerle daño”. Ya a la entrada en la casa se había invocado la paz y se había tomado la precaución de rociarla con agua bendita. El argumento de las tres oraciones preparatorias antes de la administración del sacramento era la vigilancia atenta del “ángel de la paz”, “el buen ángel custodio” para no permitir el “acceso a los demonios” y para apartar de aquel lugar “las fuerzas enemigas”, en una palabra, para “defender”. En estos textos se confirma definitivamente la homologación demonio-diablo, que es el antagonista en el misterio de la salvación y no exactamente el demonio, misterioso poder intramundano causador de ciertas enfermedades, cuyo diagnóstico era desconocido.

La “Recomendación del alma” es una preparación del viaje que se emprende al paraíso celeste: “Sal –proficisce–, alma cristiana de este mundo”. La conjuración de los obstáculos del camino están referidos al “ferocísimo Satanás y sus ministros para que se disipen como el humo y se derritan como la cera ante el fuego y no se atraviesen en su camino”, desapareciendo otros matices que pudieran recordar la acción demoníaca como tal. Como la curación del enfermo está descartada, el enfrentamiento con las fuerzas del mal se circunscribe al orden propiamente sobrenatural en el ámbito del misterio de la salvación y en adelante se dulcifica el cuadro con la presencia de María, San José, los ángeles y los santos.

4 “...omnis spiritus inmundus abscedat: procul tota nequitia diabolicae fraudis absistat. Nihil in loci habeat contrariae virtutis admixtio: non insidiando circumvolet: non latendo subrepat: non inficiendo corrumpat. Sit haec sancta et innocens creatura, libera ab omni impugnatoris incurso, et totius nequitiae purgata discessu”.

5 “Esto ei, Domine, turris fortitudinis a facie inimici”.